

CAPITULO XIV.

HONRAD Á VUESTRO PADRE Y Á VUESTRA MADRE.

Piedad filial.—¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?—Parentesco corporal y parentesco espiritual.—*Instrucciones de los Espiritus*.—La ingratitud de los hijos.

Piedad filial.

1. Vosotros sabéis los mandamientos: no cometeréis adulterio, no matareis, no hurtareis, no levantareis falsos testimonios, no hareis agravio á ninguno, *honrad á vuestro padre y á vuestra madre*. (San Márcos cap. X, v. 19.—San Lucas, cap. XVIII, v. 20.—San Mateo, capítulo XIX, v. 19.)

2. Honrad á vuestro padre y á vuestra madre, á fin de que vivais largo tiempo sobre la Tierra, que el Señor vuestro Dios os dará. (Decálogo, Exodo, cap. XX, v. 12.)

3. El mandamiento: «Honrad á vuestro padre y á vuestra madre,» es una consecuencia de la ley general de caridad y de amor del prójimo, porque no se puede amar al prójimo sin amar á sus padres; pero la palabra *honrad*, encierra un deber además respecto de la piedad filial. Dios ha querido enseñar que al amor es necesario añadir el respeto, el miramiento, la sumisión y la condescendencia; lo que implica, respecto de ellos, la obligación de cumplir de una manera más rigurosa aún, todo lo que manda la caridad respecto del prójimo. Este deber se extiende naturalmente hácia las personas que tienen lugar de

padres, y que tienen tanto más mérito, cuanto es menos obligatoria su dedicación. Dios castiga siempre, de una manera rigurosa, toda violación de este mandamiento.

Honrar á sus padres, no es solamente respetarlos, es también asistirlos en sus necesidades, es rodearlos de solicitud como ellos lo han hecho con nosotros en la infancia.

Es, sobre todo, respecto de los padres sin recursos, donde se manifiesta la piedad filial. ¿Satisfacen los hijos este mandamiento cuando creen hacer un gran esfuerzo, dándoles precisamente lo necesario para que no mueran de hambre, cuando ellos no se privan de nada, relegándolos á los más ínfimos retretes de la casa por no dejarlos en la calle, y se reservan para ellos lo mejor que hay y lo más confortable? ¡Dichosos aún los que no lo hacen con mala voluntad, y no les hacen pasar el tiempo que les falta de vida descargándose en ellos de las fatigas ordinarias de la casa! ¿Es, pues, justo que los padres débiles y ancianos sean los servidores de sus hijos jóvenes y fuertes? ¿La madre ha puesto en venta su leche cuando ellos estaban en la cuna? ¿Ha contado sus desvelos cuando estaban enfermos, y sus pasos por procurarles aquello de que tenían necesidad? No, no es lo estrictamente necesario lo que deben los hijos á sus padres pobres; les deben, tanto cuanto puedan, las pequeñas dulzuras de lo superfluo, las caricias, los cuidados delicados, que no son sino el interés de lo que ellos han recibido, el pago de una deuda sagrada. Así solamente es la piedad filial aceptada por Dios.

Desgraciado de aquel que olvida lo que debe á aquellos que le han sostenido en su debilidad, que con la vida material le han dado la vida moral y que á menudo se han impuesto duras privaciones por asegurarle su bienestar. Desgraciado del ingrato, porque será castigado con la ingratitud y el abandono, será herido en sus más caras afecciones, *algunas veces desde la vida presente*,

pero ciertamente en otra existencia, en que sufrirá lo que ha hecho sufrir á otros.

Ciertos padres, es verdad, desconocen sus deberes y no son para sus hijos los que deberian ser; pero á Dios es á quien toca castigarlos y no á sus hijos; no son quienes deben reprocharles, porque quizá ellos han merecido que así haya sido. Si la caridad hace una ley de volver el bien por el mal, de ser indulgente para con las imperfecciones de otros, de no hablar mal del prójimo, de perdonar y olvidar los agravios, de amar aún á sus enemigos; ¡cuánto mas grande será esa obligacion respecto de los padres! Los hijos deben tomar por regla de su conducta para con sus padres, todos los preceptos de Jesús respecto del prójimo; y decirse que todo procedimiento censurable á la vista de los extraños, lo es aún mas á presencia de los allegados; y lo que puede ser solo una falta en el primer caso, puede ser un crimen en el segundo, porque entonces á la falta de caridad se agrega la ingratitud.

4. Dios ha dicho: «Honrad á vuestro padre y á vuestra madre, á fin de que vivais largo tiempo sobre la Tierra que el Señor vuestro Dios os dará.» ¿Por qué, pues, promete la vida sobre la Tierra, y no la celestial? La explicacion está en estas palabras: «que Dios os dará,» suprimida en la fórmula moderna del Decálogo, lo que desnaturaliza el sentido. Para comprender esta palabra, es necesario colocarse en la situacion y costumbres de los hebreos en la época que fué dicho; ellos no comprendian la vida futura; su vista no se extendia mas allá de la vida material; y debian ser mas bien tocados de lo que veian, y por esto les habla en el lenguaje que está á su alcance, y como á hijos les da en perspectiva lo que puede satisfacerles. Estaban entonces en el desierto; la tierra que Dios les *dará*, era la Tierra Prometida, objeto de sus aspiraciones: nada mas deseaban, y Dios les dijo que allí vivirian largo tiempo; esto es, que la poseerian largo tiempo, si observaban sus mandamientos.

Mas al advenimiento de Jesús, sus ideas estaban mas desarrolladas; habia llegado el momento de darles una instruccion menos grosera, y los inicia en la vida espiritual diciéndoles: «Mi reino no es de este mundo; es allá y no en la Tierra donde recibireis la recompensa de vuestras buenas obras.» Por estas palabras, la Tierra Prometida se transforma en una patria celestial; del mismo modo cuando les recomienda la observancia del mandamiento: «Honrad á vuestro padre y á vuestra madre,» no es la Tierra la que les ofrece sino el cielo. (Caps. II y III.)

¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?

5. Y habiendo venido á la casa, se reunió tal multitud de pueblo, que no podian ni aún tomar su comida, — lo que sabido por los suyos, vinieron para apoderarse de él, porque creian *que habia perdido la razon*.

Mientras tanto, su madre y sus hermanos habian venido, y quedándose fuera, le mandaron llamar. — Mas el pueblo está sentado en derredor de él; y uno le dijo: vuestra madre y vuestros hermanos están fuera y os quieren hablar. — Pero él le contestó: *¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?* Y mirando á los que estaban sentados en derredor de él, dijo: hé aquí á mi madre y mis hermanos, — porque cualquiera que hace la voluntad de Dios es mi hermano y mi madre. (San Márcos, cap. III, v. 21 y del 31 al 35. — San Mateo, cap. XII, v. del 46 al 50.)

6. Ciertas palabras parecen extrañas en boca de Jesús, y contrastan con su bondad y su inalterable benevolencia para todos. Los incrédulos han hecho una arma de esto, diciendo que se contradice á sí mismo. Un hecho irrecusable es, que su doctrina tiene por base esencial la ley de amor y de caridad; no podia, pues, destruir de un lado lo que edificaba de otro, de lo que es preciso

sacar en consecuencia rigurosa, que si ciertas máximas están en contradicción con su principio, es porque las palabras que se le atribuyen, han sido mal referidas, mal comprendidas ó no son suyas.

7. Causa asombro, con razón, ver en esta circunstancia á Jesus mostrar tanta indiferencia para con los suyos, y en cierto modo renegar de su madre.

Por lo que respecta á su hermanos, se sabe que ellos jamás habian tenido simpatía por él; Espíritus poco abanados, no habian comprendido su mision; su conducta hácia sus ojos, era extraña, y su doctrina no les habia causado impresion, supuesto que no tuvo ningun discípulo entre ellos; y parecia que participaban, hasta cierto punto, de las prevenciones de sus enemigos; por lo demas, es cierto que lo recibian mas bien como extraño que como hermano cuando se presentaba en la familia; y San Juan dice que positivamente sus hermanos no lo querian (Cap. XII, 12, v. 5.)

En cuanto á su madre prodria negar su ternura por su hijo; pero es necesario convenir tambien en que ella no parecia haberse formado una idea muy justa de su mision, porque no se le vió jamas seguir su doctrina, ni dar testimonio de él, como lo habia hecho Juan Bautista; la solicitud maternal era en ella, el sentimiento dominante. Respecto de Jesus, suponer que habia renegado de su madre, seria desconocer su carácter; semejante pensamiento no podia animar al que ha dicho: «Honrad á vuestro padre y á vuestra madre.» Es necesario, pues, buscar otro sentido á sus palabras, casi siempre veladas bajo la forma alegórica.

Jesus no descuidaba ninguna ocasion de dar una leccion; tomó, pues, la que le ofrecia la llegada de su familia, para establecer la diferencia que existe entre el parentesco corporal y el espiritual.

El parentesco corporal y el espiritual.

8. Los lazos de la sangre no establecen necesariamente los de los Espíritus. El cuerpo procede del cuerpo; pero el Espíritu no procede del Espíritu, porque este existia antes de la formacion del cuerpo; no es el padre quien crea el Espíritu de su hijo, no hace mas que proveerlo de una envoltura corporal, y debe ayudarle á su desarrollo intelectual y moral para hacerlo progresar.

Los Espíritus que encarnan en una misma familia, sobre todo, entre parientes cercanos, son frecuentemente simpáticos, unidos por relaciones anteriores que se traducen por su afeccion en la vida terrestre; pero puede suceder tambien que sean completamente extraños unos á otros ó divididos por antipatías igualmente anteriores, que se traducen igualmente por su antagonismo en la Tierra, para servirles de prueba. Los verdaderos lazos de familia no son, pues, los de consanguinidad, sino los de la simpatía y los de la comunidad de pensamientos que unen á los Espíritus *antes, durante y despues de su encarnacion.* De donde se sigue que dos seres nacidos de padres diferentes, pueden ser mas hermanos por el Espíritu, que si lo fuesen por la sangre; ellos pueden atraerse, buscarse, y estar unidos por un afecto mútuo, mientras que dos hermanos carnales pueden rechazarse, como se ve todos los dias; problema moral que solo el Espiritismo puede resolver, por la pluralidad de las existencias. (Capítulo IV, núm. 13.)

Hay dos especies de familias: *las que están unidas por los lazos espirituales y las que lo están por los carnales;* las primeras, durables, se fortifican por la depuracion, y se perpetúan en el mundo de los Espíritus, al través de las diversas emigraciones del alma; las segundas, frágiles

como la materia, se extinguen con el tiempo y á menudo se disuelven moralmente desde la vida actual. Esto es lo que ha querido hacer comprender Jesus, diciendo á sus discípulos: Hé aquí á mi madre y á mis hermanos; es decir, mi familia por los lazos del Espíritu, porque, cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, es mi madre y mis hermanos.

La hostilidad de sus hermanos está expresada en el relato de San Márcos, supuesto que dice que se proponían apoderarse de él, bajo el pretexto de que habia perdido la razon. Al anunciarle su llegada, conociendo sus sentimientos respecto de él, era muy natural que dijera, hablando de sus discípulos, bajo el punto de vista espiritual: «Hé aquí á mis verdaderos hermanos.» Su madre se encontraba con ellos; él generaliza la enseñanza, lo que no implica de ninguna manera que haya pretendido que su madre, segun la carne, no lo era por el Espíritu, y que si se manifestó indiferente hácia ella, su conducta en otras circunstancias ha probado suficientemente lo contrario.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPIRITUS.

La ingratitud de los hijos, y los lazos de familia.

9. La ingratitud es uno de los frutos mas inmediatos del egoismo; trastorna siempre el corazon de los hombres honrados; pero la de los hijos respecto de los padres, tiene aún un carácter mas odioso; bajo este punto de vista, mas especialmente, la vamos á ver para analizar las causas y los efectos de ella. Aquí, como en otras cosas, viene el Espiritismo á arrojar la luz sobre uno de los problemas del corazon humano.

Cuando el Espíritu deja la Tierra, lleva las pasiones

ó las virtudes inherentes á su naturaleza, y va en el espacio perfeccionándose ó quedándose estacionario hasta que quiere ver la luz. Algunos han partido llevando odios poderosos y deseos de venganza insaciables; pero hay algunos de estos mas avanzados que otros, y les es permitido ver un destello de verdad; reconocen los funestos efectos de sus pasiones, y toman resoluciones buenas; comprenden que para llegar á Dios, no hay mas que una sola palabra: *caridad*; supuesto que no hay caridad sin el olvido de los ultrajes y de las injurias, no hay caridad con odio en el corazon y sin perdonar.

Entonces ven á aquellos que han detestado en la Tierra; á su vista, su animosidad se despierta; se resisten á la idea de perdonar, aún mas que á la de ceder ellos mismos, y sobre todo, á la de amar á aquellos que destruyeron quizá su fortuna, su honra ó su familia. Sin embargo, el corazon de estos desgraciados suele ser conmovido; desean y vacilan agitados por contrarios sentimientos; si conciben una buena resolucion, ruegan á Dios, imploran á los buenos Espíritus, para que les den fuerza en el momento decisivo de la prueba.

En fin, despues de algunos años de meditaciones y oraciones, el Espíritu aprovecha un feto que se prepara en la familia de aquel á quien ha detestado; y pide á los Espíritus encargados de transmitir las órdenes supremas, ir á llenar en la Tierra los destinos de aquel feto que acaba de formarse. ¿Cuál será su conducta en esa familia? Dependerá de la mayor ó menor persistencia en sus buenas resoluciones. El contacto incesante de los seres que ha aborrecido, es una prueba terrible bajo la cual sucumbe algunas veces, si su voluntad no es firme. Así es que ya le anime la buena ó mala voluntad, será el amigo ó el enemigo de aquellos entre quienes está llamado á vivir. Por esto se explican esos odios, esas repulsiones instintivas que se notan en varios niños, y que ningun acto anterior parece justificar; nada, en efecto, en esta existencia, ha podido provocar esa antipatía; para poder-

sela explicar, es necesario dirigir la vista sobre el pasado.

¡Oh, espíritas! comprended el gran papel de la humanidad; comprended que cuando producís un cuerpo, el alma que en él encarna, viene del espacio para progresar; comprended vuestros deberes y poned todo vuestro amor y cuidado en aproximar esas almas á Dios: esta es la mision que os ha confiado, y por la que recibireis la recompensa si la cumplís fielmente. Vuestros cuidados y la educacion que le diéreis ayudarán á su perfeccionamiento y á su futuro bienestar. Pensad que á los padres, Dios les preguntará: ¿Qué habeis hecho del hijo confiado á vuestros cuidados? Si ha permanecido atrasado por vuestros descuidos, el castigo que recibireis será el de verlo entre los Espíritus pacientes, habiendo dependido de vosotros el hacerlo dichoso. Entonces, atormentados por el remordimiento, pedireis reparar vuestras faltas; solicitaréis una nueva encarnacion para él y para vos, y en la cual le rodeareis de cuidados esmerados, y él, lleno de reconocimiento, os cubrirá con su amor.

No desdefeís al niño, que en la cuna, rechace á su madre, ni al que os pague con ingratitud; no es la casualidad la que lo ha dispuesto así, ni quien os lo ha dado. Una intuicion imperfecta del pasado se revela, y debeis juzgar de ella que uno ú otro han aborrecido ó se han ofendido, y que el uno ó el otro han venido para perdonar ó para expiar. ¡Madres! abrazad, pues, al hijo que os causa disgustos, y decid: uno de los dos ha sido culpable. Mereced los goces divinos que Dios concede á la maternidad, enseñando al niño que está en la Tierra para perfeccionarse, á amar y bendecir. Pero ¡ahl muchas de vosotras, en lugar de extirpar por medio de la educacion los malos principios innatos de la existencia anterior, los conservan y desarrollan por una culpable debilidad ó indiferencia; y mas tarde, el corazan ulcerado por la ingratitud de vuestros hijos, será para vosotras, desde esta vida, el principio de la expiacion.

La tarea no es tan difícil como podríais creerla; no exige el saber del mundo; tanto el ignorante como el sabio pueden llenarla, y el Espiritismo viene á facilitarla, haciendo conocer las causas de las imperfecciones del corazon humano.

Desde la cuna manifiesta el niño los instintos buenos ó malos que trae de su existencia anterior; es necesario dedicarse á estudiarlos; todos los males tienen su origen en el egoismo ó en el orgullo; espiad, pues, los menores signos en que se revele el germen de los vicios, y dedicaos á combatirlos sin esperar que hayan echado raíces profundas; haced como el buen jardinero que arranca los malos vástagos á medida que los ve asomar en el árbol. Si dejais desarrollar el orgullo y el egoismo, no os asombréis mas tarde el ser pagados por la ingratitud. Cuando los padres han hecho todo lo que deben para el progreso moral de sus hijos, si no lo consiguen, no tienen qué reprocharse, y su conciencia puede estar tranquila; pero al disgusto muy natural que experimentan de la inutilidad de sus esfuerzos, Dios les reserva un gran consuelo por la *certidumbre* de que no es mas que un retardo y que les será dado en otra existencia, acabar la obra comenzada en ésta, y que un dia el hijo ingrato, les recompensará con su amor. (Cap. XIII, núm. 19.)

Dios no ha hecho las pruebas mas allá de las fuerzas de quien las pide; no permite mas que lo que se puede cumplir. Si no se alcanza el objeto, no es, pues, la posibilidad la que falta, sino la voluntad, porque, ¡cuántos hay que en lugar de resistir á las malas sujeciones, se complacen en seguirlas! Para estos es para quienes están reservadas las lágrimas y los lamentos en sus existencias posteriores; mas admirad la bondad de Dios que no cierra jamas las puertas del arrepentimiento. Llega un dia en que el culpable está cansado de sufrir, ó su orgullo ha sido al fin domado; entonces es cuando Dios abre sus brazos paternales al hijo pródigo que se echa á sus piés. *Las fuertes pruebas*, comprendedlo bien, *son casi*

siempre el indicio del fin de los sufrimientos ó del perfeccionamiento del Espíritu, cuando son aceptadas con la mira de agradar á Dios. Este es el momento supremo, y es, sobre todo, en el que importa no desfallecer murmurando, si no se quiere perder el fruto, y tener que volver á comenzar. En vez de quejaros, dad gracias á Dios, que os presenta la ocasion de luchar para daros el precio de la victoria si venceis. Entonces, cuando hayáis salido del torbellino del mundo terrestre y entreis en el de los Espíritus, sereis aclamados como el soldado que sale victorioso de en medio del combate.

De todas las pruebas, las mas penosas son aquellas que afectan el corazon; algunos soportan con valor las miserias y las privaciones, y sucumben bajo el peso de los disgustos domésticos asediados por la ingratitude de los suyos. ¡Oh! esta es una punzante angustia! pero ¿quién puede en estas circunstancias relevar mejor el valor, que el conocimiento de las causas del mal y la certidumbre de que si hay penas que desgarran el alma, no hay una desesperacion eterna, porque Dios no puede querer que sus criaturas sufran para siempre? ¿Qué cosa mas consoladora y que dé mejor aliento, que la reflexion de que depende de sí abreviar el sufrimiento destruyendo en sí mismos la causa del mal? Pero para esto, es necesario no detener la mirada en la Tierra y no ver mas que una sola existencia; es necesario elevarse, colocarse en el infinito del pasado y del porvenir; entonces, la gran justicia de Dios se revelará á vuestros ojos, y esperareis con paciencia, porque ya os explicareis lo que os parecia una injusticia de la Tierra; y las heridas que hayais recibido, no os causarán mayor dolor. En el golpe de vista dirige al conjunto, las lazos de familia aparecen bajo su verdadero aspecto; no son los frágiles lazos de la materia los que reunen á los miembros de ella, sino los durables del Espíritu que se perpetúan y consolidan, depurándose en lugar de romperse por la reencarnacion.

Los Espíritus cuya similitud de gustos, identidad de

progreso moral y afeccion los llevan reunidos, forman familias; esos mismos Espíritus, en su emigracion terrestre, se buscan para agruparse como lo hacen en el espacio; de aquí nacen las familias homogéneas y unidas, y si en sus peregrinaciones son momentáneamente separadas, mas tarde se encuentran felices por sus nuevos progresos. Mas como no deben trabajar solamente para ellos, Dios permite que Espíritus menos avanzados vengan á encarnar entre ellos, para tomar buenos consejos y ejemplos con la mira de progresar; estos causan algunas veces desórdenes, pero esta es la prueba, esta es la tarea. Acogedlos, pues, como hermanos, ayudadles á progresar, y mas tarde, en el mundo de los Espíritus, la gran familia se felicitará de haber salvado náufragos, que á su turno, podrán salvar á otros. (SAN AGUSTIN. Paris, 1862.)